

V
923
N

DG 285

.3

C34

V.2

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES



Navíos cargados de tropas y botín de guerra

CAPÍTULO PRIMERO

LOS DOS HERMANOS

Británico bajo el poder de Mesalina era el polluelo bajo la zorra, el cordero bajo la loba, el palomo bajo el águila. Este hijo de Claudio, engendrado en pleno matrimonio legítimo, proyectaba demasiada obscuridad sobre la cabeza y la corona de Agripina, para que pudiera vivir y morir en paz. Así los favores de la emperatriz llovían sobre la frente del hijo, de Nerón, por quien podía reinar perdurablemente, y los golpes sobre la cabeza del hijastro, de Británico, por quien acaso podía no reinar tras la muerte de Claudio. Así, encerró al infeliz entenado en un apartamento del palacio, donde pudiera con seguridad vigilarlo; y se consagró á husmear con sus narices perdigueras y á atisbar con sus ojos de ave nocturna en la noche moral suya el momento propicio á su plan de perderlo y matarlo. Con su habilidad y destreza consumadas no le fué á mano Agripina de ningún modo, ni en sus amistades ni en sus conversaciones al hijastro, dejándole decir impunemente lo que le pedía el gusto y congregar amigos, á quienes por esta fingida tolerancia conocer con profunda ciencia y designar en sus tablillas de proscripción al esbirro y en sus tablillas de muerte



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

006578

al verdugo. Dejábale, pues, al cuitado espaciarse con el infeliz liberto Narciso, ya por divertir de sus proyectos al imbécil Claudio, ya para buscar un justificativo á las enormes crueldades y venganzas propias. El príncipe y el esclavo se abrazaban uno á otro, como dos náufragos asidos á la misma roca por los hervores del mar tormentoso azotada y en esos hervideros próxima sin remedio á hundirse y disolverse. Pasaban las horas juntos, como dos reos á la misma cadena ceñidos, como dos gladiadores ó dos condenados á muerte que deben agonizar y desaparecer juntos. Narciso estaba todavía más desesperado que su compañero de infortunio, por saetearle á cada minuto un remordimiento con el recuerdo tristísimo de Mesalina, inmolada por su propia mano en observancia de deberes ineludibles, impuestos á su fidelidad por sus deudas de agradecimiento con Claudio, cuando la desatentada mujer se unió en fingido matrimonio á otro, dispuesta en su locura irremediable á desalojar su legítimo esposo, no ya del tálamo y del trono, sino del mundo. El dolor de Narciso, al experimentar los furores de Agripina, se agravaba siempre que traía el cuitado á las mientes la seguridad con que auguró cuánto debía pasarle casi por necesidad: la sustitución de Mesalina por la madre de Nerón y su muerte violenta decretada por la nueva mujer y el nuevo hijo. Fiel Narciso, como un perro, á Claudio, no demandaba ni menos exigía el sacrificio de Agripina con tanta insistencia como había demandado y hasta exigido el sacrificio de la otra. Desatábase la última esposa de Claudio entonces únicamente contra el misérrimo liberto, contra su persona y su vida, en tanto que la predecesora de Agripina se desataba contra la vida y la autoridad y la honra de Claudio, de su redentor. Luego comprendió, por cuanto le había sucedido para poder arrancarle la presa de Mesalina, un escándalo tan patente como el por ésta dado, un matrimonio tan criminal como el suyo, una conspiración tan al descubierto, lo que necesitaría sucederle al emperador para lograr lo mismo respecto de Agripina, y él no lo intentaba por imposible, ó lo intentaba de vez en cuando con poca insistencia y fortuna. Los dos temperamentos obedecían á sus sendas respectivas inclinaciones capitales; y mientras Mesalina, sensual, corriendo tras el placer, lo maquinaba y lo hacía todo con escándalo, su heredera y sucesora en el tálamo y el trono buscaba la

coyuntura propicia con traición, á escondidas, á la callada, deslizándose taimadísima entre sombras, con la resolución de dar un salto y un zarpazo únicamente sobre la víctima descuidada y á su merced enteramente. Y con una mujer así, más engañado cuanto mayor y más grave resolución concebía y tomaba en su interior á desconcertarla y perderla. Narciso estaba reducido, pues, al oficio de confidente y protector del príncipe Británico; sendos oficios desempeñados más por fidelidad al Emperador que por esperanza de salvar al hijo, preso en las dobles mallas del odio de su madrastra y del carácter de su padre. Todos los días á la misma hora se presentaba el protector en el cuarto de su protegido y consumía larguísimo tiempo á su lado, sin más ocupación ó entretenimiento que lamentaciones continuas. Así nada más propio, dada tal respectiva situación de los dos interlocutores, que el siguiente diálogo:

— ¡No te han confinado, Británico, á mal camaranchón!

— Qué quieres, Narciso. Así lo ha dispuesto Agripina.

— Los caballos de sus cuadras, los bueyes de sus establos, las fieras de sus jaulas tienen mejor alojamiento en el palacio de Claudio que el propio hijo de éste, natural heredero ilustre del poder y de la corona imperiales.

— ¡El palacio de Claudio! Aquí todo pertenece á la madrastra. Ni este palacio puede llamarse ya de Claudio, ni este hijo suyo habrá jamás el imperio.

— Anímate, confía y espera en los dioses.

— ¿Animarme? A bien morir. De los dioses nada espero; aquí todo pende ya de los pretorianos. Vale más contar con cuatro centuriones que con cien divinidades.

— ¡Oh rabia!

— Mi pobre madre, mejor cien veces que Agripina, tuvo innumerables enemigos.

— ¡Ay! — suspiró Narciso, bajando con tristeza y rubor la vista, que fijaba en el suelo, por no poder aguantar la silenciosa reconvencción de Británico.

— Cuando quiere algo la doble y pérfida, no lo pide por sí misma ella, como hacen todas las mujeres con todos los maridos; impele, para que por ella lo pidan, al Senado en toda su majestad, al

pueblo en todo su poder, al ejército en toda su fuerza — dijo el pobre príncipe.

— Cierto. Y con tal proceder consigue que no crea Claudio en su doméstica esclavitud y se ufane con reinar en el imperio como Catón de Utica ó Marco Bruto gobernarían en la República.

— Bien puede asegurarse la existencia de dos emperadores — observó Británico, — nominal el uno, Claudio; efectivo el otro, Agripina.

— Bien lo podía conocer el pueblo romano — añadió Narciso — si recobrase la vista que ha perdido, pues la emperatriz no se contenta con el gobierno real y cierto; necesita de las apariencias. Vanidosa, como buena mujer, le place tanto el brillo exterior como el poder último de su monarquía. Por todas partes va diciendo á gritos y con escándalo como reina y gobierna bajo la increíble advocación de su esposo, quien se calla como los dioses en el oráculo, y deja por completo á ella, sólo á ella, palabra y acción, como los dioses á las pitonisas.

— Cierto — añadió con profunda tristeza el príncipe.

— No pueden contarse los lictores que le abren paso; los patricios más ó menos honorarios que corren, echando los bofes, alrededor de su litera; los libertos de todos los uniformes imaginables, cargados de ofrendas, que se tropiezan unos con otros en torno suyo; los sacerdotes dispuestos á quemarle incienso y mirra; los oradores senatoriales, cuyas arengas elocuentísimas le regalan el oído con loas inacabables; los pretorianos, en cuyas armas reverberan aquellos ojos, según dicen los poetas cortesanos, echando chispas comparables á las del sol en verano únicamente; las universales adulaciones apestosas, como cualquier epidemia, y difusas en el romano aire, donde se ha vuelto sierva de Agripina y de su hijo hasta la justicia en sus magistrados y representantes. ¡Cuál asco! El estómago no puede parar en la Ciudad Eterna.

— De todo tiene mi padre la culpa — dijo el príncipe con tristeza.

— ¡Cierto, cierto! La silla suya está en el mismo nivel y resplandece con los mismos adornos que la silla de Claudio. ¡Cuál afrenta para Claudio! Y no hay remedio á este mal, no lo hay en el mundo. Yo la he visto, Británico, recibiendo los embajadores en el palacio y contestando á sus fórmulas, sin volver ni aun los ojos adonde

su marido se hallaba, especie de honorario ídolo conservado allí para explotarlo á sus anchas y gobernar en su nombre perfectamente. Los pueblos bárbaros creen que reina una mujer en Roma, especie de sacerdotisa secular, semejante á la que obedecen y veneran los celtas. Desde que prendió á su

dedo la tumbaga nupcial, que la desposó con Claudio, nadie sino ella escribe á los caudillos en representación y nombre de la diosa Roma, hoy prostituída sin rubor á esa infame prostituta, tercera de los amores del hijo, si no su propia mujer y amante ya, en esta sirte de adulterios é incestos, en esta corrupción universal y profunda. Además no descansa en la demostración de su dominio eminente sobre todo. Me han asegurado cierta especie, quizás ignorada por ti; me han asegurado que al sucio lodazal del Rhin,



Británico vestido de toga
(estatua en bronce del museo de Nápoles)

donde sobre un lecho militar la engendró su padre, hale puesto por nombre Colonia Agripiana, como si deseara perpetuar en perdurable y vergonzoso monumento su tiranía propia y nuestra increíble deshonra.

— No hay medio de vivir así. Hanme negado la toga viril, que

ciñe mi hermanastro ya; pero cree que si el cuerpo no puede ceñirla y vestírsela, no obstante de prevenirlo y mandarlo así las leyes, hala ceñido el alma, curtida, como si fuera de un viejo, en el dolor y en la desgracia.

— No tienes que jurármelo. En cualquiera de estas noches encanecería el cabello de un rapaz, en cualquiera. El dolor desgasta la vida más robusta, y lleva en sus cancerosas entrañas, como podrido fruto, la muerte.

— Pues ella pareceme una diosa de bondad en comparación y paralelo con el cachorro, á quien generara en sus amores de hiena con el infame Domicio, digno padre de Nerón.

— Hijo de tales genitores — añadió Narciso, — lo han educado, para mayor ignominia, una tía chocha, un bailarín asiático y un barbero locuaz. Así pasa la vida vistiéndose y desnudándose como los farsantes en el teatro. De sus pelucas no puede llevarse cuenta. Las tiene de dios y de manceba. Lo mismo se pone la decretada por nuestras liturgias al divino Apolo, que la decretada por nuestras costumbres á las mujeres infames y perdidas. Unas veces sale vestido de sacerdote y otras veces de hetaira. El placer ha de penetrarle por los poros cual un baño, y en este placer no mira ni sexo ni edad ni condición ni género ni especie. Así, en su concupiscencia, le importa poco mezclar su sangre con la sangre de todas las bestias y brutalmente cohabitar con todos los seres, aun los más inmundos.

— ¡Y decir, Narciso, que este monstruo de grosería y sensualidad habrá de reinar en Roma!

— Y todo está preparado para ello, todo.

— Los dragones que se vieron bajo su cuna demuestran y auguran lo que sería su reinado sobre la tierra.

— Pero hay una compensación.

— ¿Cuál?

— Una muy consoladora.

— Dila, Británico.

— Que los astrólogos anuncian como matará pronto á su madre, Narciso.

— Pues había que premiarlo si tal hiciese.

— Ya la madre mate al hijo, ya el hijo á la madre, nos libertan

de una monstruosidad incompatible con la paz del mundo y con la libertad del hombre.

— No tengas cuidado: el hijo matará de seguro á la madre, no la madre al hijo. Si acaba con su cachorro, imposible que reine Agripina, mientras Nerón reinará en cuanto acabe con Agripina. Útil seguramente la vida de él, é inútil á ella la muerte de su hijo, ten por cierto que matará primero quien reporte del crimen mejor utilidad — dijo Narciso.

— Desde que mi padre adoptó á Nerón todo podía temerse y no era cosa de aguardar obra sensata en su vida.

— Como que ningún mortal entró jamás por adopción en la familia de los Claudios.

— Y ha hecho de Nerón su hijo, y tras de adoptarlo como á tal, para que todo sea imposible de suyo en esto, lo acaba de hacer su yerno, desposándolo con mi hermana Octavia.

— ¡Nerón sobrino, Nerón hijo, Nerón yerno de Claudio! ¡Cuál espantosa confusión!

— ¡Ah! Donde todos nos confundiremos será en el orco, pues la muerte va muy de prisa entre nosotros.

— El día mismo de su matrimonio acabó Agripina con Silano, el novio de Octavia, para poder desposar la hijastra con el hijo. Lo peor es que lo persiguió con calumnias, lo acosó con dardos, lo acorraló como una fiera, lo eliminó del Senado, tan indispensable á un patricio como su propio cuerpo, lo despojó de la cuestura con que comenzaba la carrera de sus dignidades, lo acusó de incesto con su propia hermana; es decir, le chupó la sangre, le comió la medula; y cuando ya estaba exhausto de cuerpo, le quitó la honra, para que, no sabiendo cómo proceder ni qué hacerse, diera con la tapa de los sesos en la losa de su tumba el infeliz y pasara por suicida entre los hombres aquella víctima de ajenas ambiciones y mártir del propio apellido y de la propia stirpe. Ahora no conviene nacer en lugar muy alto; solamente la humildad preserva del asesinato. Agripina pondría de grado á cada hijo de Roma un espía; pero necesi-tándose para esto centuplicar la población, porque á cada noble le suelta tres ó cuatro esbirros, que van como envueltos en su som-



Moneda de Octavia y Nerón

bra, deja libres todos aquellos que no puede atar personalmente á su carro.

— Como que Fauro ha recibido triste golpe por tener una quinta que placía mucho á la emperatriz — observó el príncipe; — Calpurnia, por agradar á Claudio; Lépida, por haberse presentado en candidatura de imperial esposa; Lolía, por haber heredado muchos millones de sestercios: que todo cuanto puede molestar á mi madrastra es motivo de suplicio en Roma sierva.

— ¿Y no habrá medio de libertarnos?

— Uno queda.

— ¿Cuál?

— Ver qué cara pone Claudio á Séneca, en cuanto el filósofo entre por sus habitaciones. Todavía éste puede traernos la discordia entre los cónyuges — observó Narciso.

— Parece imposible; pero la única repugnancia de César es tolerar al falso estoico — añadió Británico.

— ¡Él, tan sufrido en todo!

— ¡Qué quieres! No le perdona ciertas bromas.

— No lo designaba por su nombre nunca; decíale buenamente «Calabaza.» Y después de llamarle así, heríale, muy ensañado, en su fama como escritor y en su honra de César y de hombre.

— Séneca sólo puede hoy enemistar á Claudio con Agripina.

— Y si los enemista, ¿quién crees tú que vencerá en la demanda?

— No hay que dudarlo: Agripina.

— Claudio es incapaz de matar á su mujer, mientras su mujer es muy capaz de concluir con Claudio.

— ¡Quién había de creer que Séneca estaba destinado á vivir tanto tiempo, dada su débil complexión y su precaria salud!

— Pues vivirá lo bastante con sus palpitations de corazón y con sus epilepsias por todo el cuerpo, bastante para ver la muerte de su enemigo.

— ¿Crees tú que Agripina concluirá con la vida de mi padre?

— Lo creo profundamente.

— ¡Oh rabia! ¡Y no poder evitarlo!

— Me siento todos los días ante la mesa y no como; en la cama, por costumbre, me acuesto y no duermo.

— Lo creo, Narciso.

— Y de mis largas meditaciones he deducido que para vivir necesita estar Claudio inmóvil, como si de parálisis padecieran la voluntad y el pensamiento suyos.

— ¿De veras?

— ¡Y tan de veras!

— Explícate; amplía tu pensamiento.

— Muy sencillo: mientras Claudio no presente señal ninguna de vida, la emperatriz jamás soñará con deshacerse de su persona; lo tendrá por el oro de su diadema imperial, por el mármol de su alta sede, por la rienda puesta sobre Roma, por algo material é inerte, destinado á facilitarle su mando é imperio. Por consecuencia, lejos de matarle, prosperará su vida y le cuidará como á sí misma, no tan segura de su hijo como de su esposo. Pero al menor asomo de propio pensamiento en la inteligencia suya y al menor impulso de la voluntad soberana, Claudio desaparecerá de la tierra.

— Hasme leído en verdad el horóscopo de mi padre.

— Los hechos confirmarán por desgracia las profecías.

— ¿Y cómo entonces me aconsejas que luche?

— Te lo aconsejo, porque á todos importa y conviene á todos no dejarse abrumar con pesadumbre abrumadora por la fatalidad externa. Te lo aconsejo, porque debemos revolvernos contra el destino y contrastarlo en lo posible, hasta el agotamiento de nuestras fuerzas, para que sepan todos, y entre todos nuestra íntima conciencia, cómo caímos al poder de golpes fatales y no por nuestra dejadez ó nuestra incuria.

— Malos combates aquellos en que vamos á pelear con seguridad y certeza de una completa derrota.

— ¡Oh! Ahora mismo se nos presenta ocasión de hacer algo.

— Pero ¿qué hacer, cuando tú aseveras que morirá mi padre infeliz en cuanto muestre la menor propensión á valerse de su voluntad ó de su inteligencia propias?

— Cuando menos lo piensas los hechos humanos suelen determinarse por circunstancias independientes de nuestra voluntad, y sin embargo favorables á nuestro ser y vida. Hemos comenzado el coloquio sin descubrir asomo ninguno de consoladora esperanza, y ahora caemos en la cuenta de que Séneca y su presencia nos

ofrecen algún resquicio de luz y nos presentan algún asidero de próxima salvación.

— Sí, Narciso: el emperador, mi padre, pasará con suma dificultad por la vuelta y dominio de Séneca, siquier en ello la omnipotente Agripina, tan tenaz, haga mucho hincapié. Enamorado Claudio del bien práctico, no perdonará á los que predicán mucho filosofía humanitaria con sus lenguas y no hacen absolutamente nada por nuestra pobre humanidad con sus acciones. Una buena sentencia jurídica en los tribunales parécele superior de toda superioridad á las sentencias abstractas en los libros. De tal contradicción en los temperamentos, nacía una contradicción en las creencias, y de tal contradicción en las creencias otra contradicción en las palabras. Así una perdurable guerra entre ambos; de tal guerra salía victoriosísimo Séneca. Muy retórico, granjeábale su arte medios de combatir vedados á mi padre. Por tanto, éste decidió desquitarse con actos de César de las palabras del filósofo, y lo despidió desterrado á Córcega. En la proscripción ha tenido alternativas de humillación y soberbia. Cuando le asaltaba ésta, mi padre tomaba sus vanidades á risa; y cuando aquélla, mi padre las veía y las apreciaba con verdaderas náuseas. No sentía compasión por sus desgracias, ni emociones de ningún género por sus serviles complacencias. Repugnábale mucho aquel sabido empeño de Séneca en separar y dividir el ser humano, enamorando al entendimiento con la virtud y pervirtiendo á la voluntad con el vicio. La moral en un discurso le importa menos á Claudio que en una buena obra. Séneca se vengaba de Claudio saeteándole á gracias más ó menos donosas y á dardos más ó menos agudos, acribillándole de continuo el cuerpo y el alma. Todo esto jamás le será perdonado. Agripina podrá sacar un decreto favorable para el filósofo á la mano de Claudio; no le arrancará un perdón á su alma. En la corte, cuando se creía seguro, lo caricaturaba; en el destierro, cuando se veía perdido, lo adulaba. Con ira Claudio respondió siempre á los insultos, con asco á las adulaciones. Imposible una reconciliación entre los dos, aunque Agripina la quiera. Luego el emperador cree á Séneca de todas las buenas predicaciones posibles capaz, como el retórico primero del mundo, é incapaz de toda buena acción, como un ser indiferente y frío. Si al preparar la boda le hubiera impuesto tal

regreso Agripina por condición á Claudio, de seguro la rechaza éste al primer empeño y rehusa casarse. Hoy hará el miedo lo que antes no hubiera hecho el amor. Agripina no se ha desposado, se ha esposado con Claudio, y en la pesada cadena del matrimonio no pueden separarse sino por la muerte.

— Y el marido ¡ah! no matará, no, á la mujer; mientras de seguro matará la mujer al marido.

— ¿Qué hacer? — preguntaba con anhelo Británico al desorientado liberto.

— Aguardar y no desesperarse.

— ¿Cómo no me desesperaré, cuando aseveras con tu ciencia y con tu experiencia indudable nuestra ruina?

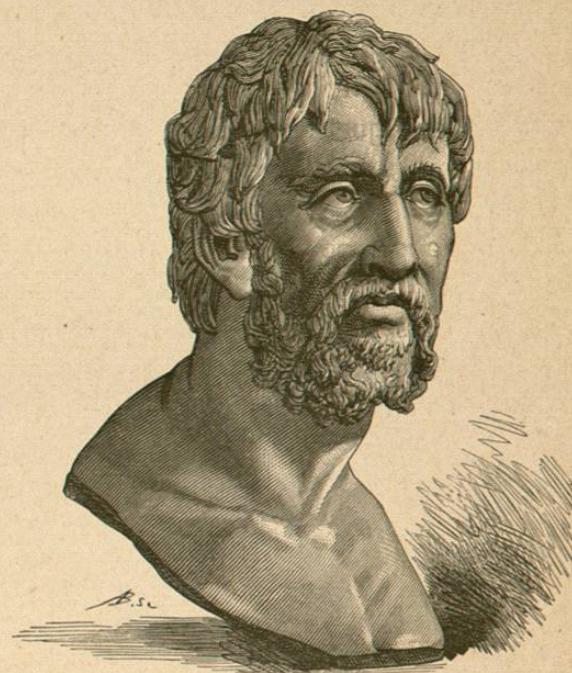
— Te lo digo para mover tu desesperación á desesperadísimos actos.

— Está uno en la peor edad de la vida.

— La desgracia le ha dado á uno la ciencia del dolor; pero no aquellos respetos y consideraciones, únicamente aqúistables por los años; demasiado joven para la ancianidad, los viejos nada quieren con uno; demasiado viejo para la niñez, nada quieren con uno los niños. La niñez sin inocencia, la juventud sin placer, la edad madura sin respeto, la vejez sin escarmientos, un pasado asaz corto á la espalda, un horizonte de martirio á los ojos, el mal cierto, muerta la esperanza; en todo la siniestra Euménide, la horrible Agripina: he ahí mi suerte.

— Pero aún te quedan valedores y amigos, aún te quedan.

— ¿Dónde?



Busto de Séneca (Herculano)